

de Chirino, y en clase de prisioneros á Guatimotzin, último emperador de México, al rey de Texcoco, al de Tlacopan, al de Azcapotzalco y á un hermano del rey de Michoacán.

Dorantes, como inseparable de Cortés, era también de la partida.

El gobierno de México quedó á cargo del Lic. Zuazo, de Alonso de Estrada y de Rodrigo de Albornoz.

La casa y bienes del conquistador se encargaron desde ese día á su pariente Rodrigo de Paz.

Con estos antecedentes, basta de prólogo y entremos á tomar el hilo de nuestra historia.

---



---

## LIBRO PRIMERO

### LA TÓRTOLA, EL BUITRE Y EL ÁGUILA.

#### 1

En donde el lector conocerá á Juanilla, y la encontrará desempeñando el papel de apasionada.

**D**ESPUES de la conquista de México, Hernan Cortés, que meditaba cimentar sólidamente el dominio del rey de España en el país recientemente conquistado, procuró reunir en su palacio á las jóvenes hijas de los principales caciques y señores, con el objeto de educarlas y casarlas despues con los gefes españoles.

Casi todas aquellas jóvenes recibieron el bautismo, aprendieron el idioma de los españoles, y mientras no se casaban permanecian en el palacio de Cortés.

Así estaban las cosas cuando se llevó á efecto la expedicion de las Hibueras; y Rodrigo de Paz, encargado de todos los bienes del conquistador, continuó en sus mismas prácticas y costumbres, sin que en el palacio se notase variacion alguna.

33822

Era una tarde del mes de Noviembre de 1525, y la expedición que de México había salido con Hernán Cortés, según las relaciones de los correos, debía estar ya en Goatzacoalcos.

En uno de los corredores del palacio conversaban dos jóvenes, hermosas ambas, pero de un tipo enteramente distinto.

La una era de raza indígena pura, la otra con su color blanco, con sus mejillas sonrosadas, con su gran cabellera castaña, sus ojos pardos y su nariz aguileña, demostraba claramente que era hija de algún conquistador y nacida en la península Ibérica.

La india era D<sup>a</sup> Isabel de Paz, la esposa de Dorantes.

La española era Juanilla, la hija de Zapata.

D<sup>a</sup> Isabel sentada en un sitial, con la cabeza inclinada, se entretenía en deshojar en su regazo un ramo de amapolas, y parecía, completamente absorta en sus pensamientos, que instintivamente contestaba las preguntas que le dirigía su compañera.

Juanilla, de pie al lado del sillón de D<sup>a</sup> Isabel, tenía uno de sus brazos pasado alrededor del cuello de la joven; y la miraba con interés y curiosidad, comprendiendo que más bien que de la conversación se ocupaba D<sup>a</sup> Isabel de seguir el hilo de sus meditaciones.

La esposa de Dorantes hablaba ya perfectamente el español, y al oírlo nadie hubiera creído que tan poco tiempo llevase de estar entre los castellanos.

—D<sup>a</sup> Isabel,—dijo Juanilla,—dejad esos tristes pensamientos; el recuerdo de vuestro esposo, antes debe alegraros: si yo fuera casada, y con un mozo tan guapo como vuestro marido, cada vez que me acordase de él sonreiría de placer.

—Sí,—contestó lánguidamente D<sup>a</sup> Isabel,—muy guapo es mi marido, pero está tan lejos.....

—Así os amaré más, y tendréis más gusto cuando él vuelva. Ah! y cómo sois las muchachas casadas; todo lo quereis, marido, y que esté á vuestro lado; con solo tener marido me contentara yo, aunque estuviese hasta las Hibueras: no, pero os digo que peor que tenerle ausente es no tenerle, ni siquiera en esperanza.

D<sup>a</sup> Isabel se sonrió, y levantando el rostro para mirar á Juanilla, le preguntó con mucha dulzura.

—¿Será posible que vos, tan bonita y tan graciosa, no tengáis un novio? harto amigas somos ya, y mucha confianza nos tenemos, y sin embargo de ello, nunca me habeis confiado un solo secreto de amor.

—Es la verdad..... pero.....

—¿Qué, Juanilla?—dijo D<sup>a</sup> Isabel tomándola una mano.

—Es que tengo un secreto mío, y que no me atrevo á contárselo á nadie.

—¿Ni á mí? ¿ni á vuestra amiga? sería yo capaz de enojarme.

—¡Ah! no, yo os lo referiré.

—Bien, vamos, ahora nadie nos escucha ni nadie vendrá á interrumpirnos.

—Pues escuchadme, porque ya tenía yo ganas de desahogar mi corazón con álguien; escuchadme.

Y Juanilla, alegre y vivaracha, se sentó en el suelo delante de D<sup>a</sup> Isabel y le tomó las dos manos.

—Empezaré por contaros,—dijo,—que yo estoy enamorada.

—¡Enamorada!—repitió D<sup>a</sup> Isabel sonriendo como hubiera podido hacerlo delante de una hija. ¿Y de quién?

—La verdad es que no sé cómo se llama el hombre á quien amo.

—Es curioso: ¿será algun español amigo de vuestro padre?

—No, señora, es un indio.

—¡Un indio!

—Sí; ¿qué os admira? ¿acaso vos no sois india, y Dorantes se enamoró de vos como un loco, segun dicen? por qué, yo que soy española, no puedo verme enamorada de un indio? ¡Oh! y lo que es este, es muy hermoso, y parece ser muy noble.

—¿Y él os ama?

—Yo creo que sí.

—¿Lo creéis no mas, ó acaso os ha dicho algo?

—Vais á saberlo todo. Ya recordareis que á pocos dias de haber salido de aquí vuestro marido, comencé á estrechar con vos mi amistad, y que os venia yo á visitar todos los dias; y que algunas veces me estaba á vuestro lado hasta muy entrada la noche?

—Sí, lo recuerdo.

—Un dia permanecí en palacio mas tiempo del que acostumbraba, y al salir para regresar á mi casa, tuve miedo; la noche estaba negra y no habia ni una sola persona en la calle; eché á caminar precipitadamente, y á poco oí tras de mí el ruido de unos pasos; volví el rostro, y con la escasa claridad de las estrellas distinguí un bulto; redoblé mis esfuerzos para llegar cuanto antes á mi casa, y escuché con terror que los pasos del que me seguia sonaban mas cerca; casi estuve á punto de pedir socorro; pero vi que no me atacaban, y algo me calmé: en la puerta, y antes de entrar, volví á mirar, y el bulto que me habia

espantado se detuvo como con respeto á cierta distancia, y luego se retiró.

—¿Y contásteis esto á vuestra madre?—preguntó con cierta turbacion D<sup>a</sup> Isabel.

—¡Imposible! me hubiera impedido quizá volver á veros, ó por lo menos hubiera estado con mucha zozobra durante mi ausencia.

—Bien, ¿y luego?

—A la noche siguiente volvió á pasar lo mismo, no mas que entonces ya yo no me espanté, y llegué despues de algunos dias á acostumbrarme á la compañía de aquel misterioso personaje, y lo que es mas, á tener deseos de conocerle: porque ya tenia yo por seguro que era mi amante.

—Quizá,—dijo con distraccion D<sup>a</sup> Isabel.

—Una circunstancia me hizo arder mas en deseos de conocerle: recordareis que una noche se desató una tempestad horrible y no me permitísteis volver á mi casa; pues bien, esa noche, cuando ya la tempestad habia pasado, abrí una de las ventanas de vuestro alojamiento, que dan á la calle; habia luna y yo queria ver si el amante misterioso me esperaba; figuráos cuál seria mi sorpresa al ver, que apenas me asomé, se destacó, no sé de donde, y me arrojó un ramo de amapolas rojas, exactamente igual á ese que acabais de deshojar.

Al escuchar esto D<sup>a</sup> Isabel, se estremeció y se puso repentinamente pálida; Juanilla estaba tan distraida con la relacion amorosa, que apenas pareció notarlo.

—Aquella vez,—continuó candorosamente Juanilla,—tuve miedo y me encerré luego; pero..... recogí el ramo; yo no sabia quién le mandaba..... ¿qué quereis? es tan bonito recibir así unas flores..... Poco tiempo despues vine

á vivir con vos algunos dias, ¿recordais? y la primera noche abrí temblando mi ventana por curiosidad, y el hombre estaba allí, y todas las noches sucedia lo mismo.....

—¿Y habeis llegado á conocerle?

—Para contaros cómo le conocí, necesito antes pedir os perdon.....

—¿Perdon á mí? ¿y de qué?

—De mucho. Oidme: en esas noches, como ahora quizá, teníais la costumbre de abrir vuestra ventana, que estaba cerca de la mia, y de salir á contemplar el cielo y á recibir el aire de la noche; yo deseaba que el galán llegase á hablarme; ardía en deseos de conocerle; aun no sabia que era un indio: me sentia asomar, y esperaba él sin duda, y esperaba yo; quizá temia un desprecio: ¡cuántas veces estuve tentada de llamarle! le miraba yo entre las sombras, creia oír que se acercaba, y en esos momentos el ruido de los batientes de vuestras ventanas me hacia huir hasta el centro de mi estancia y..... me acostaba, sintiendo un ligero rencor contra vos: esta es mi falta; ¿me perdonais?

—Os perdono de todo corazon; pero continuad,—dijo inquieta D<sup>a</sup> Isabel.

—Una noche estábais indispuesta, no os podíais levantar, y yo dije para mí: «esta noche es la mia, porque D<sup>a</sup> Isabel no saldrá:» impaciente llegué á mi aposento, abrí mi ventana; él estaba allí; como vos no salisteis en esa noche, pude esperar tranquilamente: él no llegaba á hablarme, pero tampoco se retiraba: inmóvil como una estatua, adivinaba yo su mirada fija en mí, y yo tambien permanecia ahí como encadenada. Así pasaron no sé cuantas horas, porque yo no las sentí pasar; por fin, la luz de la mañana se derramó por los campos, y pude ver al misterioso ga-

lan, que aun estaba clavado en su puesto: era un indio, D<sup>a</sup> Isabel, pero gallardo como un príncipe, con unos ojos que daban luz, con una cabellera negra que hubiera causado envidia á una duquesa. ¡Qué hermoso es el traje de los indios nobles! porque éste debe serlo, no lo dudeis; ese manto recamado de plumas, ese peto de algodón, bordado de colores y adornado de láminas de oro, ese tonelete tan gallardo..... la verdad que me pareció uno de esos arcángeles que hay pintados en la catedral de Toledo..... Cuando la luz salió, él, echando á mi ventana una tristísima mirada, se retiró con un aire tan majestuoso, que no pude apartar de él mi vista, hasta que se perdió entre las nieblas de la mañana.

Juanilla lanzó un profundo suspiro, inclinó su cabeza y se puso á enrollar distraidamente una punta de su delantal.

—¿Y no habeis vuelto á verle?—preguntó D<sup>a</sup> Isabel.

—Sí, algunas veces; pero como antes, entre las sombras; ganas tengo ya de llamarle el amante de la noche.

—Quizá tengais razon.

—Lo que yo no quisiera tener, era amor, que bien desgraciada me hace.

—Quizá llegareis á olvidarle.

—Difícil me parece, aunque bien se lo pido á Dios.

—Él sabe lo que hace.

—De todos modos, entretanto, yo ni como, ni duermo, ni pienso mas que en él. En verdad os confieso que yo no sabia que fuese una cosa tan amarga estar una apasionada, cuando yo me creia que era lo mas bello; bien dice el refran: no se cultivan amores, sino con llanto y dolores.